



“Monumento de la civilización”: el telégrafo y su impacto social y cultural en Colombia, 1865-1925

“Monument of civilization”: the telegraph and its social and cultural impact in Colombia, 1865-1925

RESUMEN

Este artículo pretende aportar algunas luces en torno al impacto social y cultural del telégrafo en Colombia entre los años 1870 y 1925. Este trabajo se ubica dentro de la corriente de la historia de la comunicación y de la sociología de la tecnología, siendo este un tema en el cual confluyen varios saberes, desde la ciencia y la ingeniería hasta la comunicación y las ciencias sociales. El telégrafo, tal como ocurrió con otras tecnologías de punta, suscitó diversas reacciones en la comunidad: incertidumbre, admiración, temor y expectativa. Es por esto que a la sociedad le tomó un buen tiempo adaptar esta tecnología a la vida cotidiana. A fin de cuentas, este artefacto revolucionó las relaciones sociales, la forma de comunicarse y la dinámica política, así como también fue comprobada su influencia en los negocios, el comercio y las actividades económicas.

Palabras clave: telégrafo, invento, tecnología, comunicaciones, impacto cultural, Colombia.

ROGER PITA-PICO

Magíster en Estudios Políticos.

Academia Colombiana

de Historia.

Bogotá, Colombia.

✉ rogpita@gmail.com

ORCID: 0000-0001-9937-0228

📖 [Google Scholar](#)

Cómo citar este artículo:

Pita-Pico, R. (2025). “Monumento de la civilización”: el telégrafo y su impacto social y cultural en Colombia, 1865-1925. *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, 27(1), 226-256.
<https://doi.org/10.17151/rasv.2025.27.1.9>



ABSTRACT

This article aims to shed some light on the social and cultural impact of the telegraph in Colombia between the years 1870 and 1925. This work is located within the current of the history of communication and the sociology of technology, this being a topic in which various knowledge converges, from science and engineering, to communication and social sciences. The telegraph, as occurred with other cutting-edge technologies, aroused diverse reactions in the community: uncertainty, admiration, fear and expectation. This is why it took society a long time to adapt this technology to daily life. Ultimately, this device revolutionized social relations, the way of communicating and political dynamics, as well as its influence on business, commerce and economic activities.

Key words: telegraph, invention, technology, communications, cultural impact, Colombia.

Introducción

El telégrafo fue inventado por los alemanes en 1833 y perfeccionado años después por el estadounidense Samuel Morse. El aparato, que marcó un hito en las comunicaciones en el siglo XIX, era la base de un sistema de transmisión a larga distancia de mensajes codificados que circulaban a través de un cable metálico conductor de electricidad. Además de los aparatos, se requería de personal técnico especializado y de una infraestructura de líneas y oficinas telegráficas instaladas a lo largo del territorio.

Con la llegada del telégrafo el mensaje llegó más rápido que los carteros, con lo cual la información pudo disociarse del papel escrito. La comunicación que antes estaba intrínsecamente asociada con los caminos, ríos y carreteras, ahora se relacionaba con la red eléctrica (McLuhan, 1996, p. 11).

En Colombia fue durante los gobiernos de los generales Tomás Cipriano de Mosquera y José Hilario López cuando se hicieron los primeros intentos fallidos por implantar esta tecnología que se consolidó como el primer sistema de comunicación instantánea.

Luego de la llamada Guerra Magna (1860-1862) que conllevó la promulgación de la Constitución de 1863, se abrió campo al inicio del

liberalismo radical, régimen bajo el cual se allanó el ambiente propicio para incentivar la inversión extranjera y empresarial dentro de la cual se enfocó el interés en el sistema telegráfico (Rodríguez, 2011, p. 2). Fue finalmente el presidente Manuel Murillo Toro quien en 1865 logró que se suscribiera en Nueva York un contrato con la firma del norteamericano William Lee Stiles para crear la empresa que construiría la primera línea telegráfica entre Bogotá y Puerto Nare. Al inaugurarse el primer tramo entre la capital y el sitio de Cuatro Esquinas¹, este fue el mensaje que dirigió el contratista a las cinco de la tarde del 1 de noviembre:

El telégrafo eléctrico ha subido a los Andes colombianos, y envía su primer saludo al digno Presidente de esta República, Sr. Manuel Murillo, que tanto empeño ha mostrado en dotar a su país con este progreso. Pueda la paz cubrir con sus alas bienhechoras toda la extensión de este hermoso país, y darnos el aliento necesario para prolongar este alambre telegráfico, antes de dos años, desde la altiplanicie del Funza hasta las riberas del Atlántico. (Rodríguez, 2011, p. 4)

Este telegrama fue contestado emotivamente por el primer mandatario:

Gracias muy sinceras, Sr. Stiles, compañero y discípulo del inmortal Morse. El nombre de usted será grabado con buril eterno en los anales de nuestra patria, como importador de uno de los más notables inventos del presente siglo. Reciba usted mis congratulaciones por el feliz éxito con que van coronándose sus esfuerzos y los del Gobierno. Paz a los hombres de buena voluntad, y gloria para los obreros de la civilización cristiana. (Rodríguez, 2011, p. 4)

A decir verdad, no se realizaron grandes eventos de festejo de acuerdo a la magnitud de este acontecimiento histórico. Esto se debió al momento de tensiones y beligerancias políticas que imperaban por estos días, lo cual quedó constatado en el hecho de que los periódicos aliados al general Mosquera, principal contradictor de Murillo Toro, omitieron “injusta y deliberadamente” el registro de tal noticia (El Gráfico, No. 639, 1923, p. 612).

En el periódico *La Opinión* aparecieron transcritos los ya referidos mensajes cruzados entre Stiles y el presidente. Otros diarios como *El Tiempo*, cercanos a la oposición, reconocieron la importancia de la

¹ Sitio ubicado en jurisdicción del municipio de Mosquera, departamento de Cundinamarca.

introducción del telégrafo, pero con ciertos reparos, tal como quedó registrado en una nota aparecida el 28 de marzo de 1866: “La única mejora que se ha consumado ha sido la del telégrafo eléctrico; pero para conseguir los fondos necesarios a esta empresa ha sido preciso dejar de cubrir sus miserables haberes a los pensionados civiles y militares” (El Gráfico, No. 639, 1923, p. 612).

En realidad, han sido escasos los trabajos de investigación sobre el servicio telegráfico en Colombia, pues solo se cuenta con algunos estudios fragmentarios a nivel nacional, aunque en años recientes se han conocido dos tesis de grado y, precisamente, una de ellas hace referencia a la “subvaloración académica” y “marginalidad intelectual” a que ha sido sometida históricamente esta temática (Montañez, 2012, p. 5).

En vista de estos vacíos, este artículo pretende aportar algunas luces en torno al impacto social y cultural del telégrafo en Colombia entre los años 1870 y 1925. Es esta una reflexión, resultado de una investigación y se ubica dentro de la corriente de la historia de la comunicación² y de la sociología de la tecnología³, siendo este un tema en el cual confluyen varios saberes, desde la ciencia y la ingeniería hasta la comunicación y las ciencias sociales.

La metodología empleada consistió en un estudio descriptivo y cualitativo a partir de la consulta e interpretación de fuentes primarias y secundarias. Dentro de las primeras, fue clave la revisión de documentos de archivo, informes oficiales⁴, crónicas y revistas especializadas en el ramo de comunicaciones. Dentro de las fuentes secundarias, se consultaron algunos estudios elaborados en torno a esta temática y otros tantos que resultaron útiles a manera de contexto.

Adaptaciones culturales a una innovación técnica en comunicaciones

Desde la perspectiva sociológica, Norbert Elias (1998) señala cómo la tecnología hace parte del proceso civilizatorio de larga duración e implica para el hombre un proceso de acercamiento y aprendizaje a los artefactos tecnológicos con el fin de incorporarlos a su forma de vida (p. 453). Uno de estos elementos innovadores fue el telégrafo, el cual trajo

.....
² Véase: Checa (2008).

³ Esta corriente surgió en la década de 1980 y se enfoca en analizar la naturaleza de los artefactos técnicos y sus efectos en la sociedad. Sobre este tema, véase: Cruz (2022).

⁴ Los vacíos de información en los informes oficiales, especialmente en cuanto a las cifras registradas a nivel regional, además del impacto de las guerras civiles, impidieron levantar cuadros estadísticos de manera sistemática y confiable para algunos años.

cambios sustanciales en la sociedad colombiana del último tercio del siglo XIX. La sociología de la tecnología se ha encargado de estudiar la difusión o apropiación de las innovaciones tecnológicas (Flichy, 1993, p. 13).

Existen indicios que revelan serios problemas de adaptación cultural a este nuevo sistema de comunicación. En sus crónicas, el telegrafista Francisco J. Herrán narra las curiosidades que despertó en el común de las gentes bogotanas el funcionamiento de la recién instalada oficina telegráfica tras el montaje de la primera línea en 1865:

La puerta de aquel local estaba incesantemente llena de pilluelos y aun de adultos curiosos, quienes en el acto en que Stiles ponía la mano en la llave transmisora se asombraban con avidez a mirar el alambre de línea, muchos de ellos *boquiabiertos*, para ver pasar el despacho, porque todo mundo se suponía que lo transmitido no eran signos convencionales sino el autógrafo mismo que debía viajar con pasmosa rapidez; suponían algunos que el alambre era hueco y que bastaba introducir en él el telegrama enrollado e impulsarlo por un medio eléctrico para que llegara original a su destino. Una señorita, por el pie de cuyo balcón pasaba la línea, para ponderar lo perfecto de su visión, aseguraba que había visto pasar una tarde, con rapidez asombrosa y colgaditos de la línea dos despachos en papel blanco y uno en papel azul. ¿Por qué no cogiste uno siquiera? le preguntó la mamá con entera sencillez. Un gañán de Fontibón duró varios días haciendo tiros con munición sobre la “cuerda” como llamaba el pueblo a la línea, para ver si podía cazar un despacho. Por supuesto que no faltaron en el general entusiasmo por el telégrafo, voces discordantes que lo calificaron de “arte diabólico” de invención “satánica”, y de otras cositas por el estilo, lo cual sirvió para sugestionar a gentes ignorantes e infelices para que dañaran las líneas. (El Telégrafo, 1905, pp. 89-90)

También se reportaron por estas calendas inconvenientes en la conservación de la línea a Facatativá a causa de la curiosidad de los más chicos y la mala educación de los adultos. Se reportó que un carretero ebrio estrelló sus bueyes contra un poste causando con la sacudida la ruptura del aislador y del alambre. Días después, unos muchachos colgaron un lazo del alambre en Fontibón y lo rompieron nuevamente. En otros tramos, los pasajeros o los muchachos se divertían tirando piedras al aislador de vidrio y su ruptura causó la inmediata suspensión del servicio (El Gráfico, No. 639, 1923, p. 614).

Ante estos atentados e informaciones erróneas y distorsionadas, hubo necesidad de emprender campañas educativas para que la comunidad comprendiera los alcances reales del nuevo servicio telegráfico, con lo cual se podía propender por su conservación y contener los ataques perpetrados por algunos pobladores y delincuentes en contra de la infraestructura de postes y líneas ya instaladas. José María Baraya, secretario de Hacienda del Estado de Cundinamarca, remitió el 27 de noviembre de 1866 a los alcaldes de distrito cuatro ejemplares de un cuaderno en el que se hacía una exposición “científica” sobre el telégrafo, texto que debía repartirse al cura, al preceptor de la escuela y a las dos personas de más reconocida influencia en cada distrito. El propósito era “popularizar” el conocimiento de lo que en realidad era el telégrafo, con lo cual se podían destruir “las preocupaciones i errores que se han difundido contra él, por las jentes ignorantes” (Baraya, 1866, pp. 1-2) pues algunos estaban convencidos de que era un “arte diabólico”.

Tanto el cura como el maestro debían instruir con “patriotismo” al pueblo a través de la lectura cotidiana de los cuadernos durante las misas de iglesia y en medio de las clases impartidas en las escuelas. El texto llevaba por título *Exposición sobre el telégrafo eléctrico* y estaba firmado por un “norteamericano”⁵. Allí se hizo un recuento histórico desde su inventor Samuel Morse y la rápida expansión de este sistema de comunicación en Estados Unidos y Europa facilitando la conexión inmediata a cientos de millas. Se le calificó como “grande amigo de la raza humana” y se hizo una breve descripción de los aparatos y elementos que integraban el sistema: manipulador, pararrayo, registro, baterías y aisladores de vidrio⁶, con los cuales era posible integrar el dispositivo que permitía distinguir las palabras por medio de sonidos. Se le consideraba como una de las invenciones de la ciencia más fecundas del siglo en cuanto a bienes de la humanidad.

El estamento eclesiástico debió también desplegar su capacidad de influencia en torno a procurar que se cuidara el nuevo artefacto tecnológico en materia de comunicaciones. El 30 de septiembre de 1868 el secretario de Hacienda y Fomento, Miguel Samper, envió una nota al arzobispo de Bogotá, monseñor Vicente Arbeláez, en la cual le manifestó su preocupación por recibir diariamente en su oficina quejas sobre las frecuentes roturas del alambre telegráfico de la línea que conectaba con la ciudad de Ibagué, daños provocados —según él— por personas “ignorantes” que

⁵ El autor era el contratista estadounidense William Lee Stiles.

⁶ Un aislador telegráfico era un dispositivo aislante que se ubicaba entre el alambre y el poste telegráfico para evitar que la corriente se dirigiera hacia el suelo. Usualmente eran de porcelana y los hubo de diversas formas (Herazo, 2022, p. 3).

no comprendían la utilidad de este elemento de progreso. Ante esto, el ministro transmitió la solicitud del poder ejecutivo para que se instara de manera especial a los curas de las poblaciones de Fontibón, Serrezuela, Facativá, Guayabal, San Juan, Beltrán, Ambalema, Piedras e Ibagué con el fin de persuadir a sus feligreses sobre la importancia de la conservación del telégrafo, haciéndoles ver los beneficios de este instrumento de comunicación en la economía y en la industria. En respuesta a esto, el prelado procedió a enviar una circular a las parroquias por donde pasaba el hilo de Morse con el fin de que sus pobladores se convencieran de la utilidad del servicio que se extendía al ámbito particular (El Telégrafo, 1908, pp. XXVIII-XXIX).

Otro hecho anecdótico en torno a la implantación del telégrafo sucedió en 1896 en el municipio de La Estrella en el Estado de Antioquia y fue traído a colación por Gilberto Zapata Cuéncar en su trabajo monográfico reseñado por Maryluz Botero (2006). Se hizo alusión a las impresiones suscitadas al entrar en funcionamiento la línea que pasaba por allí y que enlazaba a los municipios de Itagüí y Caldas:

¿Y cómo será que funciona esa máquina?, era la pregunta recurrente que le robó por varios días los pensamientos a las gentes. Se conjeturaba acerca de la manera como salían y llegaban los “partes”. Pensaban unos que el alambre era un tubo por donde corrían “los papelitos” enrollados. Otros opinaban airosos que los “partes” se iban cabalgando sobre la línea. Los más avezados daban explicaciones más racionales que acudían a la física: todas las comunicaciones se hacen por medio de golpecitos que los telegrafistas dan en un aparato eléctrico, tales golpes iban y venían a merced de la electricidad. Quien no se dejó impresionar fue un cabildante. El honorable concejal se negaba a disponer una suma del erario público para invertirla en el alquiler del local para la oficina. Con sus argumentos arraigados en la lógica tradicional montañera, se negaba diciendo: “siempre hemos comido y bebido sin ese bejuco, pues ahora sigamos viviendo tranquilos sin esa novelería”. (Botero, 2006, p. 8)

Ese asombro por la magia del sistema telegráfico todavía lo seguían manifestando varias décadas después los moradores de áreas rurales en esa misma región antioqueña. Estas son las anécdotas que relató a mediados del siglo XX María Jesús Montoya Salazar, telegrafista del municipio de Cocorná:

(...) a los campesinos del corregimiento les producía diferentes reacciones ver el telégrafo. A unos les causaba temor al oír su ruido,

a otros les despertaba curiosidad y preguntaban: ¿qué era eso? ¿Cómo se comunicaba? ¿Dónde estaba el teléfono? ¿Qué hacía con la mano?, y los demás eran bastante escépticos y le decían ¡¿ahí le están hablando a usted?!, ¿y eso sí es verdad? Después de explicarles cómo era que funcionaba dicho aparato, unos lo asemejaban a una especie de brujería, y en otros despertaba admiración hacia mi madre y le expresaban “usted sí que es bien sabio al comunicarse con golpecitos”. (Aparicio, 2015, p. 48)

Otros inventos revolucionarios que empezaron a masificarse a finales del siglo XIX fueron también objeto de sentimientos encontrados por parte de la sociedad. Uno de ellos fue el teléfono⁷ que resultó siendo un elemento de comunicación más eficaz que el telégrafo y por ello fue rápidamente apropiado por los negociantes y comerciantes. Sobre este artefacto prevalecieron al comienzo ciertas aprensiones por su intromisión en la vida privada (Flichy, 1993).

Instrumento de progreso y civilización

La llegada del telégrafo significó un símbolo del progreso y de la civilización con amplias repercusiones en la vida cotidiana. Cualquier acción tendiente a propiciar la instalación e impulso de este sistema de comunicación era percibida como un aporte “patriótico”. En particular, este invento resultó tener un gran impacto en países como Colombia donde la única forma de comunicación, el correo postal, era bastante intrincado debido a la variopinta y agreste geografía nacional.

En febrero de 1866, en momentos en que ya estaba en funcionamiento el primer tramo entre Bogotá y Ambalema, el secretario de Fomento, Tomás Cuenca (1866), hacía ver cómo la llegada del telégrafo al país se erigió como la puerta inaugural del progreso material del siglo XIX. Se resaltaron sus bondades al facilitar las relaciones sociales, industriales y mercantiles. Además, como instrumento de apoyo a las labores de Gobierno al erigirse como el “correo más fiel, rápido y oportuno” y, por ello, se percibía ya como una necesidad para la Administración pública (Cuenca, 1866, pp. LVIII-LIX).

Esto fue lo que afirmó cinco años después el director general de correos nacionales Francisco Agudelo (1871) sobre la importancia del servicio telegráfico en momentos en que estaban instalados 465 km de red telegráfica en las líneas Bogotá-Facatativá,

⁷ Sobre esta temática, véase: De Sola (1977) y Fischer (1992).

Facatativá-Honda, Facatativá-Ambalema, Ambalema-Ibagué, Ibagué-Cartago y Cartago-Manizales:

En un país como el nuestro, donde los naturales accidentes del terreno no se prestan fácilmente a la construcción de ferrocarriles, es el único recurso que nos queda para acercar la familia colombiana es el alambre eléctrico que puede colocarse al través de nuestras más elevadas cordilleras sin gran dificultad. Nada significaría el gasto que hubiera de hacer el gobierno para establecer una red telegráfica que abrazara los principales centros mercantiles del país, ante los resultados benéficos que reportarían los pueblos con el frecuente e instantáneo tráfico de ideas. (pp. 9-10)

Murillo Toro, el artífice de la primera línea, fue un constante defensor del telégrafo y lo inscribió dentro del proyecto de modernidad, tal como quedó plasmado en 1872 en su discurso de posesión pronunciado *ad portas* de su segundo mandato:

La federación es poco menos que imposible en sociedades apartadas, sin vínculos industriales, sin intereses realmente comunes; mientras que el telégrafo y los ferrocarriles, los canales, la navegación por vapor, unen, asimilan, hermanan, despiertan afectos, funden en un solo tipo o molde las ideas y las costumbres, dan unidad y revelan solidaridad de intereses de un modo tan poderoso que, por sí solos, hacen brotar la federación más firme y más íntima de lo que puede hacerlo ningún pacto político. Los telégrafos y los ferrocarriles son, por una parte, en la presente edad del mundo, los símbolos de la civilización y grandeza de los pueblos. (Diario Oficial, No. 2.503, 1872, p. 310)

Nueve años más tarde, el secretario de Fomento, Gregorio Obregón (1881), catalogó este sistema de comunicación como “la más bella y útil invención de nuestro siglo” (p. 109).

Impulso a la conectividad regional y expectativas de acceso al sistema telegráfico

La instalación del sistema telegráfico apalancó la infraestructura de interconexión y el desarrollo regional, percibiéndose en el ámbito local una inusitada expectativa en torno a la llegada de este innovador servicio sobre el cual se avizoraron notables beneficios.

Las redes telegráficas muy pronto empezaron a ser parte del paisaje cotidiano. Postes y cables eran unos de los componentes primordiales del funcionamiento de este servicio de comunicación y, quizás, el que mayores desafíos técnicos implicaba en el proceso de instalación a través de la intrincada y variada geografía nacional. Debían en lo posible procurarse caminos despejados y sin árboles que causaran interferencias en la línea. Regularmente se optaba por seguir rutas ya establecidas, muchas de las cuales existían desde tiempos prehispánicos y coloniales. En estos casos, constituyó un reto mantener estas vías en buen estado.

Hacia el año 1892 entre Santa Marta y Riohacha no existía otra vía de comunicación que la marítima y fue preciso abrir camino para tender el enlace telegráfico entre estos dos puertos comerciales. Ardua fue la labor de conservación de esta línea por ser aquella zona despoblada y desprovista de elementos básicos de supervivencia, además del efecto del clima tórrido, la vegetación exuberante y los insectos. Según reconoció el director del ramo Enrique de Narváez (1896), el telégrafo fue “el primer elemento civilizador que de manera firme y segura se ha internado allí y él será el precursor de las conquistas del trabajo en esas dilatadas y ricas comarcas” (p. 71) que beneficiaron a los laboriosos fundadores de las colonias de Bonda, Calabazo, Don Diego y Dibulla.

En 1908 los habitantes de San Vicente de Chucurí, al noroeste del departamento de Santander, expresaron su agradecimiento al Gobierno nacional por la instalación de la nueva línea telegráfica que, además de todo, les había traído el beneficio del mejoramiento del camino que los conectaba con la población de Betulia (El Telégrafo, No. 65, 1908, p. 1.030).

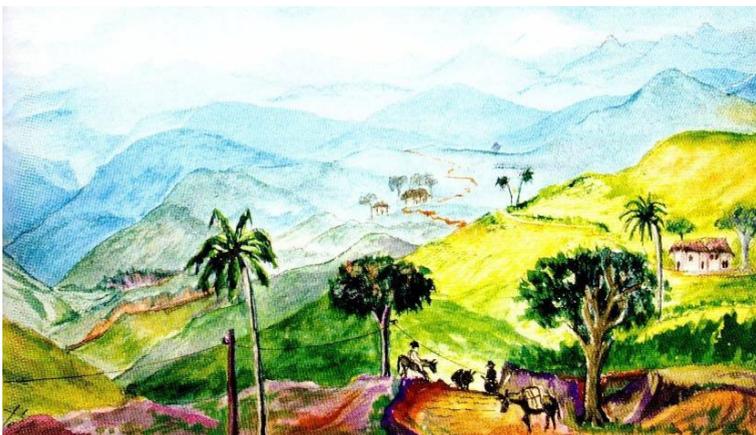


Figura 1. Postes de líneas telegráficas en el paisaje del Quindío. Acuarela de S. Cortés, rector del Colegio San Simón de Ibagué, en su excursión de 1889.

Fuente: López (2009, p. 279).

Sin embargo, un desafío mayúsculo fue cuando se hizo imprescindible abrir caminos especiales para trazar por allí la línea telegráfica y conectar poblados, un trabajo que acarreó altos costos y que concitó la participación de varios actores en su proceso de construcción. Así, pues, el levantamiento de líneas telegráficas fue un factor que promovió la conectividad de zonas apartadas con favorables beneficios sociales y económicos a escala regional.

Un nuevo camino se abrió entre Plato y Pinto en el departamento del Magdalena en 1908 para trazar la línea telegráfica (El Telégrafo, No. 40, 1907, pp. 634-636). Rutas como estas se convirtieron posteriormente en carreteras de acceso. En los trabajos de exploración sobre la mejor vía que debía seguirse, no solo se emitían observaciones sobre la geografía y el ambiente propicio para el trazado de la red y la disposición de árboles para postes, sino que además se hacían apreciaciones sobre las potencialidades económicas de esos parajes y la posibilidad de conectar caseríos y corregimientos, que a fin de cuentas terminaban articulados con otros puntos estratégicos de la provincia. Una de esas correrías le fue encomendada al contratista Eustorgio Alcocer, quien rindió un completo informe en diciembre de 1906 sobre el sendero que conectaba a Sahagún con Ayapel y Margento.

Un esfuerzo presupuestal y logístico significó para el ramo de comunicaciones construir las líneas Cáceres-Ayapel (140 km), Zaragoza-Achí (220 km), Frontino-Puerto César en el Urabá (220 km), Guadalupe en el departamento del Huila-Sucre en el Caquetá (45 km) y la vía Puerto Asís sobre el río Putumayo. Estos trabajos consistieron en abrir trochas en selvas vírgenes con climas tropicales, las cuales quedaron habilitadas como caminos públicos indispensables para el intercambio comercial interdepartamental y para impulsar el proyecto de colonización en estas regiones del Caquetá, Putumayo y Alto Chocó, facilitándose la explotación de oro y la extracción de tagua, madera, caucho y la producción de banano y cacao (Pérez, 1912, p. 41).

La instalación de las líneas telegráficas se realizó también de manera paralela con la construcción de los primeros ferrocarriles, ambos reconocidos ejes de la modernización concebida por los gobiernos del régimen del liberalismo radical y claves para el impulso de la economía regional. Aquellas líneas cumplían una función complementaria pues, además de garantizar el funcionamiento óptimo del sistema férreo, servían como medios de comunicación a escala local (Gutiérrez, 2012, p. 288) y facilitaban a los guardas e inspectores su labor de vigilancia.

Una gran expectativa se suscitó a nivel local ante la oportunidad de integrarse a la red telegráfica. El telegrafista Francisco J. Herrán cuenta en sus memorias el impacto que causó la inauguración de la primera línea construida por el norteamericano Stiles entre Bogotá y Honda con estaciones intermedias en Facatativá, Villeta y Guaduas. Este suceso generó la reacción en cadena tanto de ciudades principales como de pequeños poblados que aspiraban a recibir los beneficios de esta “primera luz de la civilización”. Fue así como a través de correo postal llegaban a la oficina de la Presidencia de la República una inmensa cantidad de proposiciones aprobadas por las municipalidades en las cuales se clamaba por el pronto montaje de una estación telegráfica en sus respectivos territorios (El Telégrafo, No. 5, 1905, p. 71). Estos anhelos fueron muy bien acogidos por el Gobierno nacional y es por ello que las cifras evidencian una franca expansión de la red, tal como se puede constatar en la Tabla 1:

Tabla 1. Expansión de la red y del número de oficinas telegráficas en Colombia, 1875-1898

Año	Kms de red	No. Oficinas
1875	20	2
1880	3.120	82
1890	8.049	229
1892	9.689	273
1896	11.937	303
1898	15.595	448

Fuente: El Telégrafo, No. 1, 1905, p. 10.

En cierto modo, este cubrimiento de la red telegráfica a escala nacional se constituyó en una forma efectiva de presencia y control estatal, un factor clave de legitimidad en un país de fuerte raigambre regional y fraccionalismos políticos (González, 2009).

A finales de diciembre de 1895 el alcalde de El Tambo en el departamento del Cauca envió a Enrique de Narváez, director general de Correos y Telégrafos, una carta en la cual agradeció al Gobierno central la decisión de abrir una oficina en esta localidad “para mantener sus constantes relaciones con los centros civilizados, para ensanchar su comercio y para su progreso general”⁸.

⁸ Archivo General de la Nación (AGN), Sección República, Fondo Correos y Telégrafos, tomo 359, f. 659r.

En noviembre de 1905 los vecinos del municipio de Santa Ana en el departamento de Santander solicitaron al presidente Rafael Reyes la creación de una oficina, para lo cual pusieron de presente el beneficio que redundaría para los 6.000 habitantes y su pujante economía representada en 50 ingenios de caña con un potencial de 50.000 cargas de miel por año y una expectativa de producción anual de 50.000 quintales de algodón (El Telégrafo, No. 3, 1905, pp. 34-35).

A medida que el sistema telegráfico cubría más territorios, asimismo empezaron a advertirse sus beneficios. Esto fue lo que anotó sobre esta expectativa Francisco Fernández Parra, hijo del Administrador de Telégrafos y Teléfonos Nacionales, Francisco J. Fernández:

El desarrollo del telégrafo es una prueba evidente de que el alma colombiana tiene grandes aspiraciones y grandes energías. Cada vez que los habitantes de una población hacen los esfuerzos conducentes a obtener la instalación del telégrafo, alegan, entre otras razones, el aislamiento en que se encuentran por falta de una estación telegráfica; anhelan imponerse oportunamente de los acontecimientos que interesan en general a la vida del país; quieren que les llegue un eco de la marcha comercial e industrial de los centros importantes, que a lo menos les sirva de ejemplo y de estímulo; quieren estar en relaciones constantes con sus parientes, con sus amigos, y comprenden muy bien que el telégrafo es una necesidad imprescindible de la vida moderna. (Landínez, 1910, pp. VII-VIII)

En las peticiones cursadas desde distintos puntos de la geografía nacional pudo percibirse el compromiso de las autoridades locales de contribuir con recursos pecuniarios y materiales que estuviesen a su alcance, todo para cristalizar la ilusión de contar con las ventajas de la conexión telegráfica.

Un caso concreto que vale traer a colación es el clamor de los habitantes del corregimiento de Tacamocho ubicado a orillas del río Magdalena en el departamento de Bolívar, quienes exteriorizaron en 1908 su interés en acceder a una rápida y constante comunicación con el “orbe civilizado” y como apoyo a la actividad comercial tabacalera que tendría renovado impulso tras haberse establecido recientemente allí una bodega. Como contraprestación, el vecindario se comprometió a ofrecer el local, el mobiliario y el personal necesario para la instalación de los postes y alambres (El Telégrafo, No. 57, 1908, p. 905).

Esta otra fue la solicitud que elevaron desde el municipio de Sampués en ese mismo departamento, el 6 de julio de 1910, Joaquín Sierra y otros vecinos a las autoridades nacionales del ramo para que se construyera una línea telegráfica entre Ciénaga de Oro y Chimá con el fin de activar el comercio y las ferias semanales, para lo cual el vecindario se comprometía a colocar los postes y habilitar un local como oficina:

Nosotros, los del interior del Departamento, veríamos con agrado que se estableciera esa línea, porque serían inmensos los beneficios que ella nos reportara, pues tenemos esa región como la más productora en ganado y por donde con más facilidad nos surtimos, y tenemos, para comunicarnos con ellas, que hacer uso del fastidioso peón, que dado lo primitivo de nuestras vías de comunicación, resulta camorroso y perjudicial las más de las veces. (El Telégrafo, No. 146, 1910, p. 2.270)

La inauguración del servicio telegráfico como acontecimiento social

La llegada del telégrafo no fue un acontecimiento desapercibido y por ello en algunas poblaciones se le imprimió gran realce con un tono ritual y festivo. Aunque desde tiempos coloniales se habían registrado en el antiguo territorio de Colombia un buen número de celebraciones religiosas y políticas, lo novedoso en estos casos era cómo se festejaba por primera vez la implantación de un invento de carácter técnico en torno a la electricidad. Eran estos actos presididos por las autoridades locales y contaban con la animosa participación del común de las gentes.

A mediados de 1873 el Gobierno nacional instaló una oficina telegráfica en la ciudad de Bucaramanga en el Estado de Santander y en el acto de inauguración el obispo Bonifacio Antonio Toscano bendijo las máquinas⁹ y el telegrafista Francisco J. Herrán entabló la primera comunicación con Piedecuesta, población ubicada a poco más de tres leguas (García, 1896, p. 166). Este funcionario dejó constancia de lo agitado que fue ese primer día de operaciones en medio de la expectativa popular:

Era la primera vez que yo salía a tierra caliente; mi oficina se colmó de gentes de todas las clases sociales, llevadas allí por una natural curiosidad, deseosas todas de que las pusiera en comunicación hasta

⁹ En 1865 el papa Pío IX decretó una bendición para los telégrafos, para lo cual estableció como fórmula que el clero, desde la iglesia o punto donde se hallara, debía dirigirse a la estación telegráfica elevando primero un cántico y luego la siguiente antifona: “Bendícelo, Señor, tú que pones tu trono en una nube, que marchas sobre las alas de los vientos, que dispones que tus ángeles o mensajeros sean espíritus y tus ministros el fuego abrasador”. Después de esto, debía darse lectura al salmo 103 (Roldán y Holguín, 1917, p. 57).

con el Padre Eterno. El ardor natural del clima se triplicó con aquella concurrencia, se me hizo trabajar sin descanso por más de cuatro horas seguidas; de mi cabeza y de mis manos caía abundante sudor sobre la máquina; si en ese día no me asfixié, Dios mediante, no moriré de este mal. (El Telégrafo, No. 9, 1906, p. 142)

La inauguración de la comunicación telegráfica, a través de la instalación de la oficina del municipio de San Andrés en 1880, fue destacada en la primera página del diario oficial de Santander, bajo el rimbombante titular: “Viva la paz! viva el progreso!”. El presidente del Estado, Solón Wilches, se pronunció expresando su beneplácito por el beneficio brindado por este “elemento civilizador” (Diario Oficial, No. 1.415, 1880, p. 219), cuando apenas este territorio se recuperaba de los embates de una cruenta guerra civil.

Una de las últimas provincias a las que llegó el servicio teleográfico fue la de Pasto en el extremo suroccidental de la República, cuyos dirigentes anhelaban este adelanto con miras a impulsar el comercio regional. Tantos años de espera hicieron que la reacción popular fuera masiva. Específicamente en la localidad de Ipiales tuvo lugar el 6 de febrero de 1888 la jornada de inauguración con teatro, corridas de toros en la plaza, varas de premio, colchas de raso y disfraces. Otros eventos más se desarrollaron días después con motivo de la conexión con la red del vecino país del Ecuador, para lo cual se organizaron desfiles de los colegios y de las autoridades políticas y militares con banda de música, himno de ambas naciones, discursos y descargas de fusilerías (Benavides, 1979, p. 29).

En jurisdicción del Estado del Cauca, esto fue lo que relató en sus crónicas Sabas Tafur Herrera, quien en 1898 había sido contratado para la medición y recepción de las líneas telegráficas de Palmira a Candelaria y de Cali a Tunía. El 11 de enero, en compañía del contratista, se llevó a cabo la puesta en funcionamiento de la oficina de Palmira “cuyo acto se hizo con intervención de la autoridad y el cual fue festejado con varias copas de cerveza que nos obsequiaron algunos vecinos, celebrando así la inauguración de ese elemento del progreso en esa población” (Tafur, 2014, p. 100). En los primeros días de marzo, se montó la oficina en Jamundí:

(...) por cuyo acto se manifestaron los vecinos muy complacidos y celebraron ese acto del Progreso con algunas manifestaciones de cordialidad, en las cuales nos hicieron tomar parte, distinguiéndose con sus demostraciones de cultura y complacencia los amigos Nicasio Sandoval, Aparicio Machado, Marcial Ocoró, Manuel Herrera y algunos otros. (p. 101)

Por los lados de la Costa Caribe, el 30 de septiembre de 1906 fue inaugurada la oficina de Baranoa y se concluyó la construcción de la línea entre esta población y Usiacurí. En este acontecimiento la población se mostró entusiasmada y se celebró un *tedeum*¹⁰, que fue complementado con regocijos públicos en honor al telégrafo como “signo de progreso”. Gratitudes especiales se expresaron hacia el Gobierno del presidente Rafael Reyes, así como para el alcalde Tomás Nieto, por su “patriotismo y buena voluntad” (El Telégrafo, No. 32, 1906, p. 507). Después de la misa, las autoridades y vecinos salieron en procesión hacia la oficina telegráfica y allí el Padre Figueroa bendijo el aparato e hizo uso de la palabra para recalcar los beneficios que recibía esta localidad al comunicarse con el resto de la República. Este discurso fue contestado por el alcalde provincial y se lanzaron vítores al presidente Reyes y felicitaciones al inspector general Eugenio Maza y al Administrador de Telégrafos y Teléfonos, Francisco J. Fernández, por todo el apoyo brindado (El Telégrafo, No. 35, 1906, pp. 547-548).

Hay registros de otro tipo de acontecimientos asociados al impulso del telégrafo que fueron objeto también de satisfacción y de despliegue ceremonial y festivo. Uno de ellos fue la instalación de las escuelas telegráficas, cuyo establecimiento fue clave para el proceso de formación del personal técnico especializado que debía aprender el manejo de este innovador sistema de comunicación, lo cual implicaba acceder a un gran acervo de conocimientos técnicos, tanto teóricos como prácticos (Obregón, 1881, pp. 113-114). En junio de 1881, bajo el Gobierno del presidente de la Unión, Rafael Núñez, se dio vía libre a la creación de una Escuela Nacional de Telegrafía, cuyo acto de inauguración se programó precisamente para el 20 de julio de 1881, día de la Independencia nacional¹¹.

Fue además un motivo de celebración la incorporación de tecnologías de punta como el aparato *Hughes* de marca alemana, que permitía hacer el trabajo más rápido que con el aparato *Morse* al recibirse impresos los telegramas en caracteres tipográficos y en tiras de papel que se remitían a los destinatarios. En 1909 se inauguró la conexión con este aparato en la ciudad de Ocaña en el departamento de Santander, y este evento se programó para el 20 de julio de 1910 de tal modo que coincidiera con la conmemoración del centenario de la Independencia de Colombia (El Telégrafo, No. 142-143, 1910, p. 2.212).

¹⁰ El *tedeum* era uno de los primeros y más tradicionales himnos cristianos de alabanza y acción de gracias. Su origen se remonta a la primera mitad del siglo IV y solía ser entonado en momentos de celebración.

¹¹ AGN, Sección República, Fondo Secretaría de Instrucción Pública, tomo 8, ff. 107r, 474r-475v, 622r-623v.

En los años siguientes se asistiría a la inauguración de otros artefactos modernos como el alumbrado eléctrico¹² y el teléfono¹³, los cuales causaron también inmenso interés y curiosidad en el común de las gentes.

Además de estas manifestaciones de reconocimiento y júbilo por el acceso a los más recientes avances tecnológicos en materia de comunicación, alrededor del telégrafo emergió una intensa promoción social y cultural, desde escritos en prosa hasta emotivas poesías.

En los certámenes de graduación de las escuelas telegráficas era común ver escritos y poesías laudatorias al innovador invento de Morse. Durante la travesía que realizó en enero de 1907 el nuncio apostólico Francisco Ragonesi entre las ciudades de Bucaramanga y Pamplona, uno de sus acompañantes, el cura Calderón, amenizó aquellas horas de extenuante camino declamando varias poesías entre las cuales había una en honor a un poste telegráfico (Posada, 1908, p. 48).

Un nuevo lenguaje y una nueva forma de comunicarse

El uso del telégrafo significó un nuevo mecanismo de comunicación y de interacción social. Implicó el reemplazo de las cartas y mensajes escritos que venían utilizándose desde tiempos coloniales. Tal como podrá constatarse en este aparte, el telégrafo promovió un nuevo uso del lenguaje y facilitó el acceso de información cada vez con mayor inmediatez gracias a la incorporación de los más recientes avances tecnológicos.

Una de las innovaciones asociadas al telégrafo fue el manejo abreviado del lenguaje para simplificar la extensión de los mensajes y de este modo reducir el costo de los envíos¹⁴:

(...) el telégrafo trajo un cambio personal en la sintaxis de los mensajes, por lo costoso de las palabras que se transmitían. En la

.....
¹² El día 1° de enero de 1890 se inauguró en Bogotá el servicio de alumbrado eléctrico con la presencia del presidente Carlos Holguín, el ministro de Relaciones Exteriores, el gobernador de Cundinamarca y los empresarios *Ospina & Espinosa*. El acto fue celebrado con unas copas de *champagne* (Sánchez, 1890, pp. 186-187). En la noche del domingo 30 de agosto del siguiente año, las calles de Bucaramanga se iluminaron por primera vez con luz eléctrica, todo esto complementado con repique de campanas, cohetes, bandas de música y vítores a los Hermanos Jones por este adelanto que, según se dijo, ubicaba a la ciudad "al nivel de las más cultas y civilizadas de la Europa moderna" (Martínez, 2022, p. 241). El 7 de junio de 1898 fue inaugurada la luz eléctrica en la ciudad de Medellín en medio del asombro y de los excesos del festejo del común de las gentes (Reyes, 1996, p. 31).

¹³ En 1884 fue inaugurado el servicio telefónico de carácter privado en Bogotá (Tejada, 1996, p. 122).

¹⁴ Intenso fue el debate respecto a la tarifa que debía regir. En 1876, se pagaban 20 centavos por un telegrama de una a 10 palabras a la distancia de 20 leguas y dos y medio centavos más por cada palabra y por cada 10 leguas de aumento (Rocha, 1877, pp. 42-43).

búsqueda por acortar los textos se omitían los artículos y preposiciones, se unían verbos y pronombres, se compactaban nombres y apellidos y las direcciones telegráficas se reducían a pocas letras, de fácil recordación para los carteros. Aquí tenemos, pues, antecedentes de la abreviación y deconstrucción sintáctica que hacen hoy los *internautas*, en todas las lenguas y que aplican en los *chats* o charlas, cuando acuden a símbolos, números, morfemas sin significado aparente, para expresar en los diálogos, estados de ánimo o respuestas veloces a preguntas al rompe. (López, 2009, p. 268)

Por esa época, solía enseñársele a los niños a “escribir telegráficamente” (Espectador.com, 2007). Además de esto, los telegrafistas debieron implementar algunas medidas tendientes a optimizar y racionalizar el servicio. Para efectos de hacer más fluida y expedita la comunicación entre las oficinas, según se estipuló en 1881, cada una de ellas se identificaba con una letra a manera de código. Por ejemplo, a la oficina del municipio de Charalá en el Estado de Santander se le asignó el código “ng” y a la de Curití “us”. Con el mismo fin de ampliar la velocidad de las transmisiones, se adoptaron los numerales telegráficos que consistían en abreviaturas de números o letras con un significado convencional que equivalía a una frase entera a manera de alerta o recomendación. Entre los más usuales cabe mencionar los siguientes: 8: “estoy ocupado en otra línea”; 11: “recibió usted mi último despacho?”; 15: “separe más las palabras”; 17: “Importantísimo, dese prisa, urgente”; 24: “tiene usted despachos para este lugar?”. Por estos años, los empleados comenzaban labores a las ocho de la mañana y entre el telegrafista y el ayudante debían alternarse para no dejar nunca de estar al frente de la máquina con la responsabilidad de evacuar todos los mensajes represados, así esto les implicara trabajar de noche (República de Colombia, 1881, pp. 125-132).

El telégrafo agilizó de manera extraordinaria la transmisión de información y de noticias a través de largas distancias¹⁵. A escala nacional, el nuevo sistema de comunicación brindó una inmediatez nunca antes vista. El terremoto de Cúcuta, ocurrido el 18 de mayo de 1875, fue conocido de manera instantánea en todo el país gracias precisamente al telégrafo (Estrada, 1876, pp. 10-12), y fue a través de este medio que el presidente del Estado, Aquileo Parra, impartió órdenes sobre acopio y envío de médicos y recursos al epicentro del desastre (Parra, 1912, p. 713).

En las primeras ediciones de la revista *Mundo al Día* (1924) aparecía una sección titulada “Síntesis del telégrafo” que reproducía de manera

¹⁵ Sobre el impacto del telégrafo en la prensa, véase: Díaz (2009, pp. 33-38).

oportuna algunas noticias de diarios regionales, como la que se transcribe a continuación: “El Liberal’ editorializa sobre el aumento de las exportaciones cafeteras de Caldas por Buenaventura, y opina que eso se debe al alza de las tarifas del Magdalena” (Mundo al Día, No. 201, 1924, p. 8).

Gracias al telégrafo, se crearon empresas internacionales de transmisión de noticias, constituyéndose las primeras agencias como *Havas* fundada en París en 1835, *Reuters* en Londres en 1851 y *Associated Press* en Estados Unidos en 1892 (Briggs y Burke, 2002, p. 156).

Hacia 1910, gracias a la red telegráfica, los principales diarios de Bogotá y aún de las capitales de los departamentos publicaban diariamente noticias de Europa del día anterior, las cuales se recibían a través de telegramas remitidos por los corresponsales de Quito y Caracas (Landínez, 1910, p. VI). Esto fue posible gracias a los esfuerzos de los gobiernos de Colombia, Venezuela y Ecuador por conectar sus respectivas redes nacionales en zonas de frontera.

Por estos años, las primeras estaciones inalámbricas¹⁶ instaladas en Santa Marta y Cartagena empezaron a recepcionar noticias del exterior por los servicios informativos de cable prestado por compañías extranjeras (Cajiao, 1914, pp. 26-27). En la revista *Mundo al Día* aparecía una sección denominada “Síntesis del cable. Comprimidos del servicio especial de la *United Press*” que traían noticias internacionales recientes, entre las cuales vale citar una publicada el 24 de septiembre de 1924: “Alemania ha resuelto hacer la petición oficial para ingresar a la Liga de las Naciones” (Mundo al Día, No. 210, 1924, p. 18). Aunque eficientes por su gran alcance en la difusión de información y noticias, estas estaciones serían objeto de censura por parte del Gobierno colombiano, especialmente con ocasión de la Primera Guerra Mundial.

Con la llegada de una misión técnica belga se trajeron aparatos más rápidos que el Morse para agilizar el servicio. En 1925 se instalaron los primeros aparatos *Hughes* y en enero del año siguiente se instalaron los primeros aparatos *Creed* entre Bogotá y Buenaventura, gracias a los cuales la capital de la República fue informada cablegráficamente de acontecimientos mundiales en un tiempo récord. Así, por ejemplo, la hazaña transatlántica realizada en 1927 por el aviador estadounidense Charles Lindbergh fue conocida 15 minutos después de sucedida, al igual

.....
¹⁶ Esta forma de comunicación fue inventada a finales del siglo XIX y se lograba por medio de la transmisión de ondas electromagnéticas o hertzianas a través del aire sin ayuda del cableado y solo con un aparato emisor y otro receptor. Este resultó ser un invento revolucionario que a la vez permitió una comunicación más eficaz e inmediata.

que las carreras de caballos del *Derby* cuyos resultados se obtuvieron siete minutos después de introducirse los respectivos telegramas en Londres (García, 1927, p. CV). Gracias al cable que comunicaba a Buenaventura con Nueva York, ese mismo año en Bogotá se conocieron todas las incidencias del combate de boxeo entre Jack Dempsey y Gene Tunney, solo dos minutos después de lo que sucedía en vivo (Revista Postal y Telegráfica, No. 50, 1927, p. 13).

El telégrafo, como mecanismo de tecnología incipiente, dio lugar a nuevas estructuras de pensamientos y sentimientos (McLuhan, 1996, p. 11). En la revista *El Gráfico* aparecieron publicados en 1912 unos avisos telegráficos que hacían alusión a mensajes amorosos o a actividades comerciales. Sobre el primer tipo de avisos vale transcribir los siguientes: "Luisa: vaya mañana a retreta al bosque. En el Pabellón Egipcio aguardaré. No falte. ¡Cómo la quiero! -Nic."; "Elena. Su ausencia entristéceme, con placer recuerdo horas felices, no me olvide. -F. Ignacio"; "X. Es insoponrible modo de ser suyo. ¿Por qué no se deja ver? Desesperado!! -N.". Estos otros anuncios traen a colación asuntos de carácter económico: "Señor N. E. Extraño mucho incumplimiento en el pago de su cuenta; me veré precisado a proceder de otra manera. -Concepción"; "No le parece a usted una ganga conseguir 4 retratos por un peso? Visite a Ariza" (*El Gráfico*, No. 81, 1912, p. 10; *El Gráfico*, No. 82, 1912, p. 10).

Como constatación del nivel de penetración y de la novedad que implicó la introducción del sistema telegráfico, su nombre empezó a irri-garse en varios sectores de la sociedad. La difusión de todos los aspectos técnicos que giraban en torno a este invento se alcanzó a través de la publicación de una serie de manuales que fueron guías para las escuelas de formación y para los empleados del ramo. La difusión impresa se extendió a otros espacios como las revistas especializadas en el sector de comunicaciones, como *El Telégrafo* y la *Revista Postal y Telegráfica*.

Varios periódicos de la época retomaron el nombre de tan revolucionario invento, incluso desde antes de introducirse en Colombia. Así, por ejemplo, circuló *El Telégrafo de Tunja* en 1840, *el Telégrafo del Estado de Cartagena* en 1841, *El Telégrafo: órgano del gobierno lejítimo* que circuló en Bogotá en 1862, *El Telégrafo* publicado en esta misma capital por la Imprenta El Mosaico en 1865, *El Telégrafo* publicado en 1875 y 1876 en el municipio de Palmira, y el que salió publicado en Tumaco entre 1897 y 1899 titulado *El Telégrafo: política, comercio, variedades y noticias*, por solo mencionar los más reconocidos.

La palabra “telégrafo” fue empleada también por innumerables establecimientos comerciales, y en noviembre de 1876, en medio de la convulsión política y militar que asoló al país, se ordenó armar un escuadrón llamado “telégrafo” que atacó la guerrilla conservadora Los Mochuelos que operaba en la zona circundante a Bogotá¹⁷.

Apropiación y usos de la inmediatez telegráfica

Varios sectores públicos y privados de la sociedad lograron apropiarse de los beneficios de la comunicación telegráfica en procura de un mejor y más ágil desarrollo de sus trámites, negocios, toma de decisiones y relacionamiento cotidiano.

Para los negociantes y comerciantes el telégrafo constituyó un instrumento bastante útil pues agilizaba sus transacciones económicas. Tal como lo revela el siguiente aviso (Figura 2) publicado en Bucaramanga en 1917, se abría la posibilidad de solicitar oportunamente a través del telégrafo el servicio de flete de mulas y el arriendo de potreros en cercanías a la ciudad:

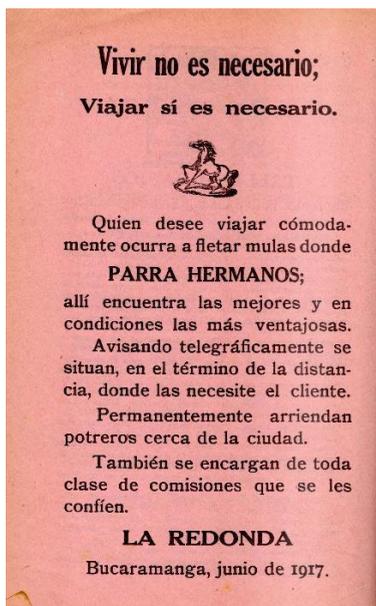


Figura 2. Aviso sobre la solicitud del flete de mulas a través de avisos telegráficos en Bucaramanga.

Fuente: Gómez (1917, p. 98).

¹⁷ Biblioteca Luis Ángel Arango, Sala de Libros Raros y Manuscritos, Fondo Archivo de la Guerra Civil de 1876, MSS001, manuscrito 128, ff. 1r-2v.

El telégrafo fue incorporado también como mecanismo para revolucionar la atención médica. De ello dejó constancia en mayo de 1911 en sus crónicas Bartolomé Rugeles (2005) desde la ciudad de Bucaramanga al entablar diálogo a través de una conferencia telegráfica con una junta médica que estaba en Bogotá, en cuya ocasión se conceptuó que el paciente padecía una fiebre amarilla (p. 100).

En cuanto a la Administración pública, el Gobierno contó con el telégrafo como un gran elemento de apoyo para mantener el control social y político¹⁸, pues:

(...) permitió la comunicación fluida entre funcionarios ubicados en zonas de difícil acceso, lo que facilitó la administración del territorio por esta vía. Fue así como se convirtió en gran aliado de los procesos de consolidación del Estado en la segunda mitad del siglo XIX. Los gobernantes en las grandes capitales estaban ahora en capacidad de imaginar y comunicar un territorio. (Otero, 2019, p. 71)

Se consiguió una comunicación más frecuente y oportuna entre los funcionarios a través del telegrama con la ventaja de la franquicia que operó para este tipo de mensajes de carácter oficial. La introducción de la tecnología asociada al servicio telegráfico significó cambios sustanciales en el funcionamiento del Estado como, por ejemplo, una mayor eficiencia en las tareas de seguimiento y control ejercidas desde las oficinas de rentas y aduanas (Montañez, 2012, p. 9).

En tiempos de tensión y de conflicto militar los mensajes telegráficos y la infraestructura de este medio de comunicación se convirtieron en un estratégico instrumento del Gobierno de turno para defender el orden público, una situación que pudo palpase de manera pronunciada en Colombia durante las guerras civiles registradas a lo largo del siglo XIX (Pita, 2022). De eso dejó constancia el director de Correos y Telégrafos, Manuel José Guzmán, al término de la devastación causada por la Guerra de los Mil Días (Guzmán, 1904, p. 4).

Durante la guerra, Sabas Tafur Herrera fue uno de los más destacados empleados del servicio telegráfico en el Valle del Cauca. Se incorporó al servicio en 1891 cuando reemplazó a Ibrahim Losada en la oficina telegráfica de Buenaventura. En julio de 1894 fue nombrado jefe de la

¹⁸ En ese sentido, desde la perspectiva del principio de disciplina planteado por Foucault, el telégrafo se constituyó en un mecanismo del Gobierno para aumentar la vigilancia y el control sobre el territorio (Foucault, 1999, p. 264).

oficina de Cali, en lo que sería el inicio de una larga trayectoria en el ramo salpicada de tensiones políticas y guerras civiles. Sabas pudo percibir la tensión política que se sentía en la ciudad de Cali desde comienzos de 1895. Según relató: “De todos los pueblos se comunicaban unos a otros, noticias más o menos alarmantes, acerca de que estaba para estallar un movimiento revolucionario en el país promovido por el partido radical para derrocar el gobierno legítimo” (Tafur, 2014, p. 66). Muy pronto el funcionario se percató de la fuerza arrolladora de la confrontación militar y de la relevancia de los medios de comunicación en el marco de esta atmósfera de tensión:

El telégrafo, nervio poderoso, que con su vigor y eficacia sobrepuja a los elementos humanos y salva distancias inconmensurables, era incesante en comunicar a toda hora lo que realmente ocurría, y ya no se podía dudar de que el voraz incendio había invadido el edificio de la sociedad. (Tafur, 2014, pp. 66-67)

Desde luego, durante el periodo de guerra aumentó ostensiblemente la actividad telegráfica para mantener la comunicación entre las autoridades y las Fuerzas Militares en terreno y ello redundó en mayores sacrificios laborales para el telegrafista Sabas:

A toda hora funcionaba con actividad asombrosa el telégrafo; la noche y el día eran iguales y cada momento se obtenían detalles más o menos favorables de la situación general. Tal era el recargo de la oficina telegráfica que desde el 25 de enero no volví a comer ni a dormir a mi casa de habitación; mi domicilio era el local de la telegrafía, de donde no volví a salir a la calle para nada, en algo más de 15 días mientras subsistió el álgido periodo de la erupción revolucionaria. (Tafur, 2014, p. 67)

Estas ventajas que ofrecía el telégrafo durante la guerra fueron retomadas por las fuerzas de oposición para arremeter contra el frágil sistema de redes y oficinas con el fin de boicotear la comunicación oficial.

Los telegrafistas y su incursión en el ámbito social

Con la instalación del telégrafo en Colombia, se formó progresivamente un gremio integrado por el personal técnico, administrativo y operacional con unas condiciones especiales por su asomo a la técnica y sus compromisos con el éxito de la comunicación.

A tan solo un año de inaugurado el primer tramo telegráfico, desde la Secretaría de Fomento se hacía énfasis en cómo muchos jóvenes tendrían en adelante la posibilidad de acceder a una “ocupación honorable” y de adquirir conocimientos prácticos en este innovador ramo de las comunicaciones (Cuenca, 1866, pp. LVIII-LIX).

Uno de los primeros telegrafistas, Francisco J. Herrán, resaltó el papel de los “hijos del pueblo” que por primera vez se asomaban al manejo de ese adelanto técnico desde los tiempos en que estaba el ingeniero norteamericano Stiles, y con él aprendieron a manejar los alicates, las poleas y otros tantos elementos (El Telégrafo, No. 6, 1905, p. 89).

Como ningún otro empleado de los sistemas de comunicación, el telegrafista tenía la particularidad de conocer el contenido de los mensajes que él mismo se encargaba de enviar y recibir. De una u otra forma intervenía en todos los asuntos de la Administración y el orden público, y en lo concerniente a los intereses de la honra y la hacienda de los particulares. En consecuencia, tenía “sagrados” derechos que cumplir tanto en el orden moral como en la esfera legal.

Dentro de sus deberes morales, estaba el de guardar absoluta discreción y reserva en sus conversaciones para no divulgar por medio de ellas los secretos de la información transmitida o la que circulaba por la línea. No hay que olvidar que, al asumir el cargo, el telegrafista elevaba un juramento en el que se comprometía a guardar siempre discreción (Herrán, 1892). Como medida estratégica, el Gobierno nacional restringió el uso de telégrafos para los particulares por falta de seguridad y por la amenaza que su uso podía generar, especialmente en coyunturas de alteración del orden público.

Según refirió en 1878 el jefe del ramo de Telégrafos, Flavio Pinzón, este tipo de empleado debía dar pruebas inequívocas de moralidad pues se había visto que algunos daban un uso indebido al telégrafo y por ello se prohibió que admitieran telegramas en los que se insultara a personas o se comunicaran hechos que atentaran contra la moral o la decencia (Pinzón, 1878, p. 37). Su sucesor, el director Julio Estévez Bretón, reiteró años después que para ser un buen telegrafista no bastaban sus aptitudes, sino que además era imperioso que diera muestras de “buenas maneras, lealtad, reserva absoluta y una consagración completa” (Estévez, 1882, p. 10).

Aunque en realidad los primeros telegrafistas eran empíricos, con la instalación de las escuelas técnicas promovidas por el Gobierno nacional, ellos pudieron contar con una formación integral que no se circunscribió

a su aproximación al ámbito de la técnica y el manejo de los aparatos y de la electricidad, sino que se ensanchó a un abanico interdisciplinario acorde a sus funciones. Un espectro amplio de materias que abarcó el manejo contable y administrativo, así como también otras materias como la ortografía, la gramática, la geografía, la historia y la Constitución Política. Esta completa formación les abrió perspectivas de ascenso social y les facilitó un reconocimiento a nivel local, particularmente en poblaciones pequeñas en donde era muy exigua la proporción de gentes letradas. No en vano, por esta época, coloquialmente solía decirse que el alcalde, el cura y el telegrafista eran los personajes más destacados en cada pueblo (Rodríguez, 2011, p. 4).

Así, entonces, fue posible ver funcionarios que descollaban en varias facetas, como fue el caso de la señorita Virginia Martínez Durán, telegrafista del municipio de Tona en el departamento de Santander, quien participó en 1907 en las manifestaciones culturales de recibimiento al nuncio apostólico Francisco Ragonesi a su paso por esa población. En esa ocasión, según el relato, ella “toma la lira y hace cantos de delicado sentimiento” (Posada, 1908, p. 49).

Entre los hombres que fueron formados como telegrafistas y que luego figuraron en la política nacional, vale mencionar a Félix de Restrepo, Simón Araújo, Víctor Manuel Salazar, Luis Morales Berti, Tomás Quintero, Pompilio Gutiérrez e Ismael E. Castro. Este último ocupó en la guerra de 1899 el cargo de Director Supremo de los telégrafos revolucionarios (El Gráfico, No. 639, 1923, p. 613). El primer telegrafista de Cúcuta, a quien le correspondió presenciar el terremoto ocurrido en esta ciudad en 1875, fue Benjamín Herrera y fue precisamente él quien años más tarde se convirtió en un reconocido dirigente liberal y general de la República (García, 1983, p. 79).

Otra de las ventajas de los telegrafistas era el acceso privilegiado a las noticias que circularon a través de este medio de comunicación, lo cual les permitió incursionar en el ejercicio periodístico. Es así como Sabas Tafur Herrera, quien había sido telegrafista en Buenaventura en 1891, llegó a ser en 1902 periodista y corresponsal del semanario *Correo del Valle*. En un banquete que tuvo lugar al año siguiente en la ciudad de Cali, Sabas pudo notar cómo se acercaban varias de las personas allí presentes para preguntarle sobre las recientes noticias referentes a los sucesos que daban cuenta de la pérdida de Panamá, sobre los cuales se habían recibido cablegramas del exterior (Tafur, 2014, pp. 288, 295).

Aparte de estas ventajas y potencialidades de los telegrafistas, hay que señalar también algunos factores adversos ligados a este oficio que deterioraron su estado de salud. En 1898 esto fue lo que reportó en su informe anual Enrique de Narváez, director del ramo, sobre el preocupante desmejoramiento físico y mental de varios telegrafistas "antiguos y meritorios" a raíz de la incesante práctica de recibir los despachos telegráficos "al sonido"¹⁹ debiendo algunos de ellos dimitir a sus cargos:

(...) por regla general todos ellos sufren alguna afección cerebral, que les embota la inteligencia, los priva del órgano auditivo, paraliza los brazos, piernas u otros miembros, envejecen antes de tiempo y tienen una muerte prematura o siguen viviendo una vida estéril para ellos y quizás de sacrificios para sus allegados. (El Telégrafo, No. 19, 1906, p. 294)

Esta situación impulsó al director a hacer un llamado a los fisiologistas más prestigiosos del país para que elaboraran un estudio a profundidad que permitiera dilucidar la causa y aplicar los correctivos. Hay que mencionar el caso específico de Roberto Ramírez B., quien era considerado el "decano del telégrafo". Él había ocupado las oficinas de Ricaurte, Anapoima, Villeta, Facatativá y El Socorro. En 1883 desempeñó el puesto de copista de la Oficina Central y gracias a sus habilidades ocupó sucesivamente los cargos de primer telegrafista, subjefe y jefe. Durante la Administración del presidente Rafael Núñez fue el telegrafista de Palacio. En 1916, cuando el ramo telegráfico le preparó un gran homenaje y le entregó una medalla de oro, Ramírez ya padecía de una sordera debido a su larga trayectoria laboral (El Telégrafo, No. 58, 1908, pp. 916-918; Mora, 1916).

Por otro lado, las extensas jornadas de manejo manual del aparato Morse causaron algunas dolencias físicas en la muñeca, un mal que se conoció como "parálisis del telegrafista" (López, 2009, p. 268). Por esta causa y otras más, el director de Correos y Telégrafos, Manuel José Guzmán, clamó al Gobierno central brindar una atención especial a los telegrafistas por sus delicadas funciones pues era común ver cómo, después de dedicar varios años de trabajo consagrado, terminaban enfermos por el mismo tipo de actividad repetitiva que realizaban (Guzmán, 1904, p. 36).

Solo años después se implementaron algunas recomendaciones médicas que sugerían descansos prudentes y alternación de las actividades

¹⁹ Los telegrafistas adquirían por medio de la práctica una gran habilidad auditiva para interpretar y dictar las letras que formaban cada palabra del despacho telegráfico (Terán, 1873, p. 49).

de recepción y transmisión de telegramas para relajar los músculos (Pardo, 1946, p. 256).

El estar expuesto a corrientes eléctricas conllevó nuevas vulnerabilidades como, por ejemplo, el efecto de los rayos durante las tempestades. Tal fue el caso de la señorita Carmen, telegrafista del municipio de Tabio en el departamento de Cundinamarca, quien a comienzos de 1908 fue afectada por una descarga eléctrica que alcanzó a dejar algunas cicatrices en su brazo (El Telégrafo, No. 62, 1908, p. 991).

Arduo y desgastante era el trabajo de instalación de líneas telegráficas a través de la agreste geografía nacional que entrañaba muchos peligros logísticos y ambientales. A comienzos del siglo XX el telegrafista Francisco J. Herrán dejó consignado en sus crónicas el caso de un empleado de apellido González oriundo del municipio de Mosquera, quien murió a consecuencia de haberse caído de un poste cuando “enderezaba” un aislador (El Telégrafo, No. 6, 1905, p. 89). En agosto de 1928, Guillermo Barrera Vargas murió trágicamente al caerle una viga mientras realizaba prácticas como alumno de la Escuela de Radiotelegrafía (Revista Postal y Telegráfica, No. 69, 1928, p. 470). En tierras del suroccidente del país, en diciembre de 1906, falleció en el municipio de Dagua el señor Gonzalo Martínez Luna, telegrafista de la población de San José, luego de haber contraído en ese lugar el beriberi. Al conocer los detalles de esta situación, el Administrador de Telégrafos y Teléfonos prometió aliviar la suerte de su desamparada familia (El Telégrafo, No. 37, 1906, p. 582).

Desde muy temprano, en 1871, se advertía sobre la dificultad para reemplazar a un telegrafista en zonas distantes a Bogotá, especialmente en aquellas con temperamentos malsanos (Camacho, 1872). Ante esto, durante varios años se urgió al Gobierno para que fundara escuelas telegráficas en varias ciudades del país, pues era usual observar que varios de los telegrafistas nombrados oficialmente se resistían a asumir sus cargos en tierras apartadas y bajo los efectos desgastantes del clima tropical (Reyes, 1888).

Consideraciones finales

El telégrafo, tal como ocurrió con otras tecnologías de punta, suscitó diversas reacciones en la comunidad: incertidumbre, admiración, temor y expectativa. Es por esto que a la sociedad le tomó un buen tiempo adaptar esta tecnología a la vida cotidiana. A fin de cuentas, este artefacto revolucionó las relaciones sociales, la forma de comunicarse y la dinámica

política, así como también fue comprobada su influencia en los negocios, el comercio y las actividades económicas.

En un país como Colombia, fragmentado en regiones marcadas por una variada geografía, el telégrafo resultó ser un invaluable avance en la comunicación cuando la única opción era el sistema postal. Este invento eliminó la sensación de aislamiento geográfico y creó una nueva percepción del tiempo y de la distancia. A la conexión telegráfica se unirían otros adelantos como los ferrocarriles que le permitieron al país asomarse cada vez más a la modernidad y a la conectividad inmediata.

En torno al telégrafo, emergería una rama técnica de la administración pública y se abrió paso a una generación de empleados públicos con formación integral que se constituyeron en actores importantes de la sociedad de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Este sector de las comunicaciones, bajo el control del Gobierno, no fue ajeno a la acentuada polarización política y la confrontación militar que asoló al país durante estos convulsos años.

Además de todo, el telégrafo fue clave por cuanto permitió el inicio de las teorías modernas de la información y de la industria de las telecomunicaciones, constituyéndose en una de las bases primigenias de otros inventos posteriores como el teléfono, la televisión y el internet (Lumberg, 2006).

En últimas, el teléfono terminaría por desplazar al telégrafo a mediados del siglo XX. Aquel medio de comunicación tenía la ventaja de que no dejaba registro de mensajes, no necesitaba del manejo de un experto y permitía una comunicación más cómoda, íntima y flexible (Camargo, 2013, pp. 17-18).

Financiación

Este artículo es resultado de investigación autónoma.

Conflicto de intereses

El autor declara que este artículo no tiene conflicto de intereses.

Referencias

- Agudelo, F. (1871). *Informe del Director Jeneral de Correos Nacionales*. Imprenta de Echeverría Hermanos.
- Aparicio, E. A. (2015). María Jesús Montoya e Inés Serna: memorias en clave morse. *Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia*, 109(186), 39-58. <http://68.178.206.226/ojs/index.php/repertoriohistorico/article/view/236/230>
- Archivo General de la Nación (AGN). Bogotá-Colombia, *Sección República, Fondos: Correos y Telégrafos, Secretaría de Instrucción Pública*.
- Baraya, J. M. (1866). *Telégrafo Eléctrico*. Imprenta del Estado. Tomado de: Biblioteca Nacional de Colombia (BNC), *Fondo Pineda*, tomo 20, pieza 6.
- Benavides, N. (1979). Establecimiento del telégrafo en Pasto. *Cultura Nariñense*, (116), 25-30. Biblioteca Luis Ángel Arango. Bogotá-Colombia. Sala de Libros Raros y Manuscritos *Fondo Archivo de la Guerra Civil de 1876*.
- Botero, M. (2006). Guerra en clave Morse. *Folios*, (9), 6-12. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/folios/article/view/351092>
- Briggs, A. y Burke, P. (2002). *De Gutenberg a internet. Una historia social de los medios de comunicación*. Taurus.
- Cajiao, M. (1914). *Informe que el Director General de Correos y Telégrafos rinde al señor Ministro de Gobierno, relativo al año administrativo de 1913 a 1914*. Imprenta Nacional.
- Camacho, S. (1872). *Memoria que dirige al Presidente de la República el secretario de Hacienda i Fomento sobre el curso que han tenido los negocios fiscales de la Unión durante el año de 1871 a 1872*. Imprenta de Gaitán.
- Camargo, J. A. (2013). *Tecnología e historia: las redes colombianas de teléfonos como proceso sociotécnico* (tesis de doctorado). Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia.
- Checa, A. (2008). *Historia de la Comunicación: de la crónica a la disciplina científica*. Netbiblo.
- Cruz, M. (2022). Sociología de la tecnología. Aproximaciones teóricas para comprender la relación tecnología-sociedad. *Revista Central de Sociología*, 15(15), 77-96. <https://www.centraldesociologia.cl/index.php/rcs/article/view/143>
- Cuenca, T. (1866). *Memoria del Secretario de Hacienda i Fomento de la Unión Colombiana dirigida al Congreso Nacional*. Imprenta de Gaitán.
- De Sola, I. (Ed.). (1977). *The social impact of the telephone*. MIT.
- Diario Oficial. (1872-1880). Imprenta Nacional.
- Díaz, A. (2009). *Palabras públicas, asuntos privados – La libertad moderna en El Telegrama (1886-1897)* (tesis de maestría). Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia.
- El Gráfico. (1912-1923). A. Cortés M. & Co.
- El Telégrafo. Órgano de la Administración de Telégrafos y Teléfonos Nacionales. (1905-1910). Imprenta de La Luz.
- Elias, N. (1998). Tecnificación y civilización. En Vera, W. *La civilización de los padres y otros ensayos*. Norma.
- Espectador.com. (19 de abril de 2007). El impacto de la tecnología en el lenguaje. *Espectador.com*. <http://historico.espectador.com/sociedad/92839/el-impacto-de-la-tecnologia-en-el-lenguaje>

- Estévez, J. (1882). *Informe Anual del Jefe de la Sección Tercera de la Secretaría de Fomento en su carácter de Director General del Ramo, dirigido al Señor Secretario de Estado en el Despacho de Fomento en 1882*. Imprenta de Lombana & Compañía.
- Estrada, M. A. (1876). *Informe del Director Jeneral de Correos i Telégrafos Nacionales 1874 a 1875*. Imprenta Nacional.
- Fischer, C. (1992). *America calling: a social history of the telephone to 1940*. University of California.
- Flichy, P. (1993). *Una historia de la comunicación moderna. Espacio público y vida privada*. G Gili.
- Foucault, M. (1999). *Vigilar y castigar*. Círculo de Lectores.
- García, A. (1983). *Cúcuta 250 años: 1733-1973*. Intergráfica.
- García, J. J. (1896). *Crónicas de Bucaramanga*. Imprenta y Librería de Medardo Rivas.
- García, J. J. (1927). *Memoria del Ministro de Correos y Telégrafos al Congreso de 1927*. Imprenta Nacional.
- Gómez, A. (1917). *Recuerdos de la Guerra 1899 a 1902*. Taller Gráfico.
- González, F. E. (2009). Espacio, conflicto y poder: las dimensiones territoriales de la violencia y la construcción del Estado en Colombia. *Sociedad y Economía*, (17), 185-214. https://sociedadyeconomia.univalle.edu.co/index.php/sociedad_y_economia/article/view/4183
- Gutiérrez, J. F. (2012). *Las comunicaciones en la transición del siglo XIX al XX en el sistema territorial colombiano*. Universidad Nacional de Colombia.
- Guzmán, M. J. (1904). Informe del Director General de Correos y Telégrafos relativo a los años de 1899 a 1904. En *Informe presentado por el Ministro de Gobierno de la República al Congreso Constitucional de 1904*. Imprenta Nacional.
- Herazo, E. (2022). La Bogotá Electric Light Co: primera empresa de alumbrado de Colombia. *Credencial Historia*, (383), 2-4. <https://www.banrepultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-383/la-bogota-electric-light-co-primer-empresa>
- Herrán, F. J. (1892). *El telegrafista colombiano: tratado elemental de telegrafía teórica-práctica*. Imprenta de "La Luz".
- Landínez, A. (1910). *El aparato Hughes por E. Montoriol. Profesor de la Escuela Superior de Telégrafos de París*. Imprenta de "La Luz".
- López, L. H. (2009). La inserción de Colombia en la tecnología de las telecomunicaciones: del telégrafo eléctrico a la telegrafía digital, 1865-2009. En *Trayectoria de las Comunicaciones en Colombia* (tomo I, pp. 263-308). Ministerio de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones.
- Lumberg, D. (2006). *Information science*. Princeton University Press.
- Martínez, A. (2022). *Historia básica de Bucaramanga. Cuatro siglos de un poblamiento, 1622-2022*. Universidad Industrial de Santander.
- McLuhan, M. (1996). *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*. Paidós.
- Montañez, J. A. (2012). *La introducción del servicio telegráfico en Colombia 1865-1886* (tesis de maestría). Universidad Nacional de Colombia.
- Mora, L. M. (1916). *Homenaje al decano de los empleados del telégrafo*. Imprenta Comercial.

- Mundo al Día: diario gráfico de la tarde. (1924). [s.n.].
- Narváez, E. (1896). *Informe relativo a los años de 1894, 1895 y 1896*. Imprenta Nacional.
- Obregón, G. (1881). *Memoria que el Secretario de Fomento dirige al Presidente de los Estados Unidos de Colombia*. Imprenta de Echeverría Hermanos.
- Otero, A. M., (2019). Ferrocarriles, telégrafos y comunicación en América Latina, siglo XIX. En S. Sánchez y J. Zuluaga (Comps.), *Tecnologías de la comunicación: una breve historia material* (pp. 65-80). Universidad de Los Andes.
- Pardo, F. (1946). *Al operador telegráfico panamericano*. Imprenta Loba.
- Parra, A. (1912). *Memorias de Aquileo Parra. Presidente de Colombia de 1876 a 1878*. Imprenta de "La Luz".
- Pérez, G. (1912). *Informe del Director General de Correos y Telégrafos para el año en ejercicio de 1911 a 1912*. Linotipo de la Imprenta Nacional.
- Pinzón, F. (1878). *Informe del Director Jeneral de Correos i Telégrafos Nacionales*". En S. Acosta, *Memoria del Secretario de Guerra i Marina dirigido al Presidente de la Unión para el Congreso de 1878*. Imprenta de "El Progreso".
- Pita, R. (2022). Las guerras civiles decimonónicas en Colombia y sus consecuencias en la conexión telegráfica. *Revista Ciencias y Humanidades*, XV(15), 87-116. <https://revistacienciasyhumanidades.com/ojs/index.php/ojs/article/view/25>
- Posada, E. (1908). *Peregrinación de Omega*. Imprenta Nacional.
- República de Colombia. (1881). *Decreto Número 873 de 1881 (17 de noviembre): Orgánico del Ramo Telegráfico*. Imprenta de vapor de Zalamea Hermanos.
- Revista Postal y Telegráfica*. (1927-1928). Dirección de Correos y Telégrafos.
- Reyes, C. (1996). *Aspectos de la vida social y cotidiana de Medellín, 1890-1930*. Colcultura.
- Reyes, R. (1888). *Informe que presenta el Ministro de Fomento al Congreso de 1888 en cumplimiento del artículo 134 de la Constitución*. Imprenta de A. M. Silvestre.
- Rocha, R. (1877). *Informe del Director Jeneral de Correos i Telégrafos Nacionales*. En R. Niño, *Memoria del Secretario de Guerra i Marina dirigida al Presidente de la Unión para el Congreso de 1877*. Imprenta de Medardo Rivas.
- Rodríguez, J. C. (2011). La telegrafía: una revolución en las telecomunicaciones de Colombia: 1865-1923. *Credencial Historia*, (265), 4-8. <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-265/la-telegrafia-una-revolucion-en-las-telecomunicaciones-de-colombia>
- Roldán, G. y Holguín. F. A. (1917). *Año de 1917. Almanaque Guía Postal y Telegráfica con aprobación eclesiástica y civil*. Casa Editorial de Arboleda & Valencia.
- Rugeles, B. (2005). *Diarios de un comerciante bumangués 1899-1938*. Academia Colombiana de Historia-Universidad Autónoma de Bucaramanga.
- Sánchez, D. (1890). Inauguración de la luz eléctrica en Bogotá. *Anales de Ingeniería*, (30), 186-187.
- Tafur, N. A. J. (Comp.). (2014). *Sabas Tafur Herrera. Memorias del primer telegrafista de Cali*. Academia de Historia del Valle del Cauca.
- Tejada, M. T. (1996). *Las telecomunicaciones y su evolución en Colombia*. Tercer Mundo.
- Terán, J. M. (1873). *Nociones de telegrafía teórica y práctica: extractada de varios autores*. Imprenta de Echeverría Hermanos.